

PEPE COLUBI



En esta novela encontraremos a Pipi, el inocente pipiolo protagonista de las descacharrantes hazañas de *California 83*, convertido en un estudiante de los últimos cursos de Filología Inglesa en una ciudad universitaria de provincias. Aunque su obligación es encontrar un trabajo con el que mantenerse y poder escapar por fin del nido familiar, Pipi se dejará enredar en tres trampas fascinantes: las chicas, los bares y el rock & roll.

... and in their eyes, I would be strange and ragged
like
the Prophet who has walked across the land to bring
the dark Word, and the only Word I had was «Wow!».

... y me verían extraño y harapiento como el Profeta
que ha recorrido la tierra para traer la oscura Palabra,
y la única Palabra que tenía era «¡Guau!».

JACK KEROUAC, *On The Road*

California Über Alles **NOVIEMBRE, 1989**

Supongo que el chorromoco, limpio y espeso, salió disparado desde mi glande, trazó una parábola perfecta y aterrizó en la sonrosada mejilla de la alemana dormida. El segundo ímpetu, menos blanco y más aguado, resbaló tímidamente por el capullo, como dejándose caer hasta alcanzarme los dedos furiosos con los que aún meneaba mi ya trémula polla. Había cerrado los ojos por la inercia del placer justo antes de correrme, pero al abrirlos observé el pegote de lefa que ahora descansaba en su cara. Ella, inmutable, continuó traspuesta, ajena al boceto de Pollock que le había dibujado en el rostro, y yo, con un ligero temblor en las piernas, recordé la borrachuca sucesión de esa tarde; los vinos en el bar de la facultad, las cervezas en El Mundo y los cubatas en la zona. No podía precisar en qué momento se nos había unido aquella Erasmus regordeta, pero sí era consciente del orden y culpa de las iniciativas: ella me había morreado por sorpresa y yo insistí en acompañarla a casa. Nada más entrar en su habitación, la chica se desplomó sobre la cama roncando como un pequeño jabalí. Mis intentos por reanimarla con besos torpes o toscos magreos no surgieron efecto y el euforizante nivel de alcohol en sangre hizo el resto para decidir que cascármela frente a su cara compensaría mi anhelo sin lesionar su involuntaria negativa.

Pero ahora mismo, debido a un erróneo cálculo en la trayectoria de mi eyección, veía el viscoso reguero de mi propia esencia sobre su piel. La borrachera perdía intensi-

dad, aunque no del todo. Pensé que la temperatura de mi secreción no desentonaría mucho con la de su acalorado moflete e incluso llegué a preguntarme a cuántos grados habría salido el semen. La sordidez del momento me devolvió de golpe a la realidad. Hice uso higiénico de la previsora caja de Kleenex que la chica tenía sobre la mesilla, me subí los pantalones y abandoné el piso con tanta premura como silencio. Fuera llovía con la impertinencia propia de un 9 de noviembre. Esquivando charcos de manera automática, repetí para mis adentros: «Me he corrido en la cara de una guiri».

En ese momento parecía un resumen válido de la noche.

Técnicamente, era la pura verdad.

Mientras tanto, muy lejos de allí, miles de compatriotas suyos derribaban el Muro de Berlín a patadas.

El remordimiento apareció al día siguiente, casi antes de despertar, en ese infinitesimal santiamén en el que, al recuperar la consciencia tras una juerga, aún no sabes si tienes resaca o no. Sí la tenía, y bien gorda. Todas las posibles secuelas del alcohol ingerido habían acudido a la llamada: boca seca, lengua de trapo y paladar agrietado unido a un dolor intenso vagamente localizado en la cabeza, párpados punzantes y un estómago revuelto al borde de la arcada. Si cada uno de esos síntomas votara de uno a diez en mi malestar, yo tenía la Nadia Comaneci de las resacas.

Las desgracias físicas eran claras, definibles y caducas, todo lo contrario que el arrepentimiento, esa incomodidad grisácea e intangible que me nublaba sin llegar a nada. Como en tantas otras resacas, asumí la absurda inevitabilidad que me lleva a caer una y otra vez en lo patético. Lo malo es que, mientras me entregaba a la metafísica de la autohumillación, se me dibujó una sonrisilla imaginando el desper-

tar de la alemana con ese rastro seco y pegajoso en la mejilla.

Su cara era el muro de mi vergüenza.

Sentado en la mesa de la cocina, desayunando unas Campurrianas con un resto de leche que caducaba ese mismo día, repasé el estado de mi vida. Habían pasado cinco años desde aquel COU en California; en ese tiempo, el brillante futuro que me auguraba un dominio casi bilingüe del inglés se había diluido poco a poco en favor de una incertidumbre cada vez más espesa. Al volver de Estados Unidos me matriculé en Filología Inglesa; creía que con lo que sabía me regalarían el título, pero la incómoda presencia en el temario de lenguas muertas, literaturas pretéritas y gramáticas complejas minaron mi entusiasmo académico, tan parco y disperso desde niño que ya lo consideraba más un acto de coherencia que una tara irreversible. En resumen, debería haber terminado la carrera antes del último verano, y aún tenía asignaturas pendientes para rato.

No sentía la urgencia de licenciarme porque la salida natural de la docencia me motivaba menos que masticar chinchetas: no me veía dando clases. Estaba a gusto con esa certeza porque siempre me he sentido aliviado al librarme de responsabilidades, incluso antes de adquirirlas. También era verdad que mis ímpetus académicos se habían relajado porque mis padres pagaban el alquiler de los sucesivos pisos de estudiantes que iba ocupando. Hacía ya tres años que Jandro, un gallego menudo y fibroso que preparaba oposiciones, me alquilaba una de las tres habitaciones de su casa. Era un tipo maniático, estricto con las normas de convivencia, pero muy cordial cuando había confianza. Este curso compartíamos piso con Christoph, un alemán alto, con entradas en la cabellera y gafas redondas que, a pesar de ser sensiblemente mayor que nosotros, venía becado por el programa Erasmus.

Mi consuelo ético era que tampoco abusaba demasiado de mi familia gracias a trabajitos como dar clases particulares de inglés o escribir aburridos publlirreportajes para todo tipo de publicaciones. Cada una de esas tareas me proporcionaba una cantidad de dinero miserable, pero juntas formaban un salario indigno que gastaba en juergas de andar por casa. La vida no parecía llevarme a ningún sitio concreto. Yo a ella tampoco. Estábamos en paz.

Permanecí enfrascado en las musarañas, en este caso, en el enorme calendario de 1989 abierto en noviembre. A su lado, el segundero de un cutre reloj de pared marca Saiko dividía los minutos en sesenta martillazos. Como tantas otras veces, me pregunté por qué el fabricante se había molestado en inventar una marca falsa; esa impostora A usurpando el lugar de la genuina E era una desafiante llamada de atención sobre su propio fraude.

—¡La Letra Escarlata! —exclamé en voz alta, buscándome en el reflejo de la ventana.

Mi sonrisa contenía trazas de idiotéz.

El espeso barro de Campurrianas y leche que forraba mi maltrecho estómago me permitiría afrontar el día, que no era poca cosa. Aproveché que estaba solo en casa para poner música mientras me duchaba: enjabonarme con la versión que los Red Hot Chili Peppers hacían del *Higher Ground* me devolvió del todo al mundo de los vivos.

Eran las tres y veinte de la tarde.

Llegué a la facultad justo a tiempo para la primera clase de la tarde: Gramática Generativa Transformacional. No solía asistir a esa asignatura que impartía el catedrático Arjona, a quien yo mismo había bautizado profesor Jirafales por su vago parecido con el personaje de *El Chavo del Ocho*, pero de vez en cuando me gustaba comprobar en directo el

profundo tedio que convertía su exposición en un mantra hipnótico del aburrimiento. Sus clases me ayudaban a magnificar mi pasión por la risa, las cervezas, la música, la tele, las mujeres...

Las mujeres.

Una de las mayores sorpresas que me había llevado en esa carrera fue la abrumadora mayoría femenina, cosa que no sucedía en otras licenciaturas, como bien sabía por mis amigos del instituto. No sería capaz de evaluar los méritos académicos de aquella facultad, pero podría enumerar, una a una, las excelencias físicas de mis compañeras de curso. Aquella tarde, por ejemplo, éramos tres tíos y veintidós mujeres. Dedicué parte de la clase de Jirafales a observarlas disimuladamente desde la última fila. A catorce de ellas me las follaría allí mismo si me lo pidiesen.

Pero no me lo pedían, claro.

A las restantes me las follaría si me lo pidiesen estando yo muy borracho.

Pero tampoco lo hacían.

Salí de la sesión de hipnosis gramatical sediento de ruido, birra, jaleo y frivolidad. En otras palabras, desprecié la siguiente clase, Historia de la Lengua Inglesa, y me fui disparado al bar de la facultad esperando encontrar a mi amigo Bosco. Lo había conocido el primer día de universidad, cinco años atrás; él mismo se presentó al verme más perdido que Van Morrison en una reunión de gente feliz. Sólo se matriculó los dos primeros cursos; había dejado de hacerlo para darle, en sus propias palabras, «un uso más racional» a ese dinero. Creo que en su casa ignoraban que había abandonado la carrera.

En efecto, allí estaba, apoyado en la barra, muy concentrado en mirar un punto indeterminado situado en el centro de la cafetera. Me acerqué y, sin alterarse ni un poquito, preguntó:

—¿Te has enterado?

En cualquier otra situación, una entrada tan misteriosa despertaría cierta expectación, pero a Bosco le gustaba iniciar las conversaciones con una pregunta retórica.

—No, ni idea. ¿Qué pasa?

—En enero inauguran una línea de autobús directa a Londres.

—¡Hay que ir! —interrumpí con entusiasmo, sabiendo que no teníamos un puto duro para hacer ese viaje.

—Dos cervezas —pidió Bosco casi en un susurro. Tenía el extraño don de hacerse oír sin levantar la voz. Podía intimidar mucho, incluso sin querer.

—¡Nos vamos a Londres, tío! —repetí, sin saber muy bien por qué—. ¡Anarchy in the UK!

Me reí a carcajadas mientras Tom Waits —este mote era obra de Bosco— nos acercaba dos Águilas. Nos miramos a los ojos para brindar, él serio, yo con una amplia sonrisa, los dos conscientes de que llevábamos años brindando por ese viaje.



El teléfono quebró la quietud de la casa y ese sonido me sumió en una tensa quietud. Toda actividad humana en el piso cesaba de repente. Permanecí paralizado y con todos los sentidos al acecho, como un insecto palo mimetizándose con el entorno. Agucé el oído para comprobar si Jandro o Christoph emitían ruidos que indicaran movimiento. Parecía un guepardo antes de lanzarse a la feroz persecución de la gacela teléfono. Sabía positivamente que ellos también lo hacían; si ninguno esperaba una llamada, el aparato podía desgañitarse hasta la extenuación sin que nadie moviera un dedo. El ring entrante nos convertía en mágicas estatuas del Jardín Botánico, en tres réplicas del Han Solo congelado en carbonita o en cualquier transustanciación de

tres putos vagos maniáticos. Por fin, Jandro atendió la llamada. Era el dueño del piso, y eso le concedía cierta responsabilidad por mucho que compartiéramos espacio. Supe que era él porque el entrenamiento en la convivencia me permitía distinguir sus pasos de los del alemán.

—¿Sí?... Claro... ¡Pepeeeeeeee!

Salté de la cama y llegué a la mesa frente a la tele donde reposaba nuestro enorme teléfono rojo. Mientras agarraba el auricular, imaginé una enorme ruleta con fotos de mis compañeras de clase en lugar de números.

—¿Hola?

—¡Pepe!

Mi madre.

—¿Quién es?

—¡Tu peor pesadilla!

Siempre la misma broma: yo fingía no reconocerla y ella me lanzaba esa falsa amenaza. Era nuestro código encriptado para saber que todo estaba bien, que no había malas noticias, que la conversación sería felizmente rutinaria. El hecho de llevar seis cursos, incluyendo COU, fuera de casa había pulido los roces propios de una convivencia jerárquica: con mi madre me llevaba mejor que bien, pero no tanto con mi padre o mi hermano pequeño, con quienes la falta de contacto había ido construyendo una cordial e inocua indiferencia.

—Te ha llegado una postal de California. Es de... JA-NI-NE —pronunciaba el nombre tal como se escribía, con la jota bien clara, usando todas las vocales y declamándolo más alto que el resto de la frase para hacerse entender.

¡Postal de Janine!

—Así que la has leído... —dije con tono burlón.

—¡Pero si no entiendo nada! —exclamó, corroborando mi acusación.

Janine.

Mi archivador mental abrió la C de California y empezó a desplegar carpetas. Mi madre seguía a lo suyo.

—Pues eso, que la firma JA-NI-NE...

Vuelta a la realidad.

—Se dice Yanín, mamá...

—¿Juanín? ¿Pero no es una chica?

Postal de Janine. Cinco años después de nuestra despedida llena de lágrimas en San José seguíamos escribiéndonos, aunque la frecuencia había ido disminuyendo, como era de esperar. Durante los primeros meses tras mi regreso, contestábamos las cartas según nos llegaban, un tira y afloja de entusiastas folios que sobrevolaban el Atlántico como halcones feroces que combatían la distancia con el pecho henchido de amor.

Un momento, puede que no fuera para tanto.

Tres meses después de mi partida, Janine me informó de que había roto con su novio, aquel jugador de fútbol americano cuya alargada sombra se había interpuesto entre nosotros. Su reacción celosa a nuestra amistad pura —en este punto, yo mismo ignoraba las poderosas erecciones que me provocaba su mera presencia— fue el inicio del declive que acabó abriéndole los ojos: Dave no era el hombre de su vida.

La soltería de Janine alimentó durante aquel otoño la esperanza de verla para consumir tanto amor contenido. Las cartas llegaban a España y despegaben hacia California cargadas de honestos arranques que oscilaban entre su sincero compromiso y mi lascivia desatada. Sólo tenía una foto en la que apareciéramos los dos juntos, y era la que nos habían hecho el día de la graduación; de tanto mirarla me sabía de memoria cada centímetro de su ropa, cada milímetro de su sonrisa, cada átomo del brillo en sus pupilas. Pero aquella Navidad, Janine se fue a visitar a una hermana de su madre que vivía en Cleveland; lo que iba a ser una semana de estancia se convirtió en dos meses cuando a su tía

le diagnosticaron cáncer. Ahí empezó el descenso epistolar que anticipó el enfriamiento de nuestro amor.

Por lo visto, no era tan eterno.

Las cartas se espaciaron. Más que halcones intrépidos, parecían pesadas avutardas. Un buen día, dos años atrás, me contó con su entusiasmo habitual que había conocido a un tal Mark en una discoteca de Santa Cruz. Fue su última carta. Desde entonces, sólo me escribía postales.

A estas alturas, Janine era la única persona de California con la que seguía en contacto, y eso que en los meses tras mi regreso había escrito más cartas que en toda mi vida anterior. Me llegaban varias cada mes y era tanta la alegría que incluso las recibía con simiesco jolgorio, quiero decir, literalmente daba saltos por la habitación, por supuesto sin que nadie me viera. Me escribieron Kurt y Troy, dos de mis amigos de juerga, lo cual me había sorprendido hasta emocionarme, y no lo hicieron Rob o Steve, lo cual encajaba más con lo esperado. Kurt había logrado una beca parcial en la Universidad de Santa Clara gracias a sus buenos resultados en el equipo de lucha libre de Catworth y trabajaba los fines de semana en un cine para completar los gastos de su estancia en el campus. Cuando me contaba alguna fiesta de togas en su residencia, yo quería llorar de pura nostalgia y envidia. El maravilloso loco de Troy no se había matriculado en la universidad «de momento» (en feliz expresión acorde con su inquebrantable optimismo) y ya competía de manera amateur en el circuito local de skateboard. Por semanas trabajaba de jardinero en un parque municipal llamado Marijane Hamann; me sorprendí pensando que no podía haber mejor curro para él.

En cada una de las escasas y muy espaciadas cartas de mi familia de acogida cada miembro me dedicaba unas líneas de su puño y letra: la viuda Betty por pura cordialidad metodista, mi «hermano» Phil con franca desgana y Lori con vacuo entusiasmo. Yo siempre respondía con amable apatía, es decir, por pura educación. Con el paso del tiem-

po, se nos desmoronó el ímpetu de tanto usarlo. Un buen día cesaron las cartas.

Todos los estudiantes de Catworth habíamos adquirido, poco antes de la graduación, el anuario del instituto, un libro de tapa dura que recopilaba imágenes de las instalaciones, una foto de cada alumno y varias de todas las actividades deportivas y extraescolares. Los del último curso aparecían con medio retrato en el que lucían esmoquin o palabra de honor, según tocara. Ni me había enterado de cuándo o dónde había que hacérselo, así que me incluyeron en una especie de página-contenedor reservada a los marginados sin foto molona. Recortaron mi careto de una instantánea mayor en la que parecía el sobrino monguer del Yeti. Se me veía encogido, girándome hacia la cámara pero ajeno a ella, con un gesto de asco a medio camino entre estornudar y oler algo muy podrido. Me pareció que la original podría ser una vista general de la grada de Catworth durante un partido de fútbol americano.

Primero pensé en matar al hijoputa que había elegido esa foto, pero preferí suicidarme cuando fui consciente de que todos mis compañeros la guardarían para siempre en sus putos anuarios. Cientos y cientos de copias de la estampa del Quasimodo español asustado por el fuego de una antorcha. Todos esos libros, desperdigados por Estados Unidos en sucesivas mudanzas, conteniendo el retrato del monstruo latino que las abuelas del futuro usarían para asustar a sus nietos:

—Duérmete ya o vendrá el deforme Pipi desde *Espania* a comerte los sesos...

Además de práctico recordatorio de las jetas de todos los involucrados en el año académico, el ejemplar servía para que mucha gente te escribiera dedicatorias acordes con el trato que hubierais tenido a lo largo del curso. El hecho de que no pocos compañeros acompañaran el autógrafo con su dirección postal me animó a devolver la cortesía, lo cual hizo que me llegaran cartas tan puntuales que

incluso tenía que buscar al remitente en el anuario para saber de quién se trataba. Lo bueno es que también recibí una inesperada tarjeta de Nichole Fisher, la superloba rubia que Greg Reynolds se había follado en mi propia cama. En la postal, que mostraba una ola perfecta en Mavericks, Nichole sólo había escrito:

Buena suerte en la vida.

Cuídate mucho, ¡chico español!

Aquellas nueve palabras me volvieron loco. Y el corazón que ocupaba el lugar donde debería estar el punto de la i en el «Nichole» de su firma acabó por rematarme. ¿A qué venía aquel arranque de cariño si apenas me había mirado en todo el año? Llegué a imaginarla desnuda, mientras escribía esa postal, masturbándose compulsivamente sin dejar de mirar mi foto de panoli en el yearbook. A lo mejor le iba el rollo contrahecho. O sólo se había dedicado a escribir a todas las direcciones que había encontrado en su anuario por aquello del buen karma. Por supuesto, contesté a su postal con otra que me llevó horas escoger y redactar para que mi tono sonara casual y desenfadado.

Nunca respondió.

Tampoco lo hizo a las tres cartas que le envié.

—¿Te la mando o te la guardo hasta que vengas? —Era mi madre, que se había mantenido al otro lado del teléfono durante mi flashback.

—Falta un mes para Nochebuena, mamá; si me invitas a cenar, voy a por la carta.

—Pero mira que eres tonto, ¿eh?



Aquel viernes se presentaba con una previsión de humedad que rondaba el noventa y tres por ciento. Era la manera en la que Bosco, Urtubi, Arturo y yo definíamos las altas probabilidades que teníamos de beber como perros. Los cuatro nos habíamos conocido en la facultad para componer un grupo tan homogéneo como dispar. A Urtubi lo llamábamos así porque en el primer trimestre de carrera no dejaba de repetir «cañonero Urtubi» imitando el soniquete de un locutor deportivo que se refería de esa manera al jugador del Athletic de Bilbao. De una forma sana y positiva, todo parecía importarle una mierda. No tenía ninguna intención de terminar la carrera porque había asumido que, tarde o temprano, acabaría en los negocios de exportación agrícola que su familia manejaba en Murcia y Almería. Arturo era un año más joven y muy opuesto a nosotros: responsable en el estudio, pulcro en el vestir y totalmente desfazado a partir del segundo cubata.

Por una absurda manía de compensación, me gustaba acudir a la última clase de los viernes, como si así reparara el indiscriminado absentismo de la semana. Me imaginaba una especie de Dios del Buen Estudiante que asentía beatífico desde su cátedra en el cielo cuando decidía entrar en clase, a pesar de que las tentaciones del viernes arreciaban como sirenas ninfómanas intentando seducir a Ulises. Bueno, también contaba con el retorcido aliciente de empezar la moña algo más tarde, con el ahorro económico y energético que eso suponía.

Subí al bar tras mi habitual penitencia académica de los viernes. A pesar de lo bajito que tenían la música, siempre intentaba reconocer la canción que sonaba: en esta ocasión era el *Sowing the Seeds of Love* de los Tears for Fears, un tema que me daba rabia porque me gustaba contra mi voluntad. No se sabía dónde acababa el homenaje a los Bea-